

cata de símbolos cristianos y golpes de pecho, la política con los discursos escritos por amanuenses y las componendas de los presidentes, la Colombia con sus sabores y olores especiales, inconfundibles.

Novela de un amateur, escrita en tono paradójico (entre ingenuo y cínico), inocente, irresponsable, con afirmaciones deleznable (se atreve a escribir "la palabra más larga del mundo" sin tener idea de que sólo en alemán puede haber mil más largas) es, sin embargo, un experimento que siendo caótico tiene la virtud de ser altamente legible, valioso, disfrutable. Como diría algún crítico de esos de metáforas zonzas: trae aires nuevos a Colombia de los huracanes que han soplado en Europa desde principios de siglo.

José Kristian, el protagonista, es el empleadillo de oficina que tiene aspiraciones sublimes (un Kafkita bogotano, peripuesto, con sombrilla y bufanda), el poeta de las celebraciones y el escritor de discursos a destajo; visitante de las prostitutas menos presentables, cuando su amada le ofrece el vellocino interpiernal, Joseph K. se descubre impotente. Es sí, un amoral, no un inmoral, puesto que busca algo en el pecado, como San Agustín, y si no lo encuentra es porque jamás se atreve a apartarse del mundo como sí lo hizo el Santo de Hipona. José Kristián es, si se quiere, el prototipo del escritor tercermun-

disto que desea escribir su *Ilíada*, su *Divina Comedia*, y, sobre todo, su *Ulises*: transformar a Bogotá en Dublín y las miserias cotidianas en materia poética.

En esta novela Díaz Granados repite lo que han hecho infinidad de escritores: el flujo apresurado y sin discriminación de escenas, ideas, sentimientos; las críticas de las novelas dentro de la novela misma; los bloques narrativos interminables, sin espacios en blanco; la indeterminación temporal; la poca o nula caracterización de los personajes. . . pero de esta repetición sale bien librado: es la vida misma la que pone en el papel, es la inconciencia: no hay estilo literario, ni imágenes memorables, ni frases alambicadas; los lugares comunes son frecuentes porque la vida misma resulta ser uno de ellos.

Oda al fracaso, se autocalifica, pero el lector encontrará que es más que eso. Oda a la vida en su complejidad. Oda a un estilo de vida que hace de la indefensión y la aventura sus principios. Canto a la Gran Alternancia de la dicha y la desdicha.

Al final José Kristián recurre al arsenal de la Literatura Universal para encontrar un término a su novela. Y es en el Fausto de Goethe donde halla la salvación. Pero en *Las puertas del infierno* no es precisamente una mujer que encarna la divinidad sino un recurso más ordinario: un mensaje de optimismo cierra la obra de Díaz Granados. Una conclusión

si no brillante, por lo menos apta para elevar los ánimos de los lectores que han juzgado pernicioso la vida del protagonista: "Mis sufrimientos hacen parte de la felicidad". Y, por extensión, el mal hace parte del bien. O quizás, sea una parte disfrazada del bien. El demonio es Dios oculto tras una máscara perversa y risueña.

* * * * *

La novela hispanoamericana del siglo XX: Una vista panorámica

*La Novela hispanoamericana del siglo XX*¹ es una obra de investigación seria y disciplinada en la que se mencionan gran parte de las novelas importantes publicadas en el presente siglo y se analizan a diversos niveles textos que se consideran fundamentales.

Publicada en inglés por la University of Texas Press en 1975, la obra de John Brushwood —uno de los más destacados mexicanistas literarios que se conocen— es accesible ahora al público hispanoparlante, gracias a la traducción, generalmente acertada (salvo los evitables anglicismos en la construcción) de Raymond Leslie Williams (autor de libros sobre literatura colombiana en general y autores colombianos en particular).

Las particularidades que hacen que esta especie de suma literaria destaque de otras en las que se pretenden abarcar temas tan den-

sos y extendidos, son, por una parte, el esfuerzo de desnacionalizar las novelas, vinculándolas más con Hispanoamérica que con los lugares de origen de sus autores; por otra, la aplicación de ciertos cánones analíticos patentados por Brushwood (*experiencia y factor dinámico*: "Al hablar de experiencia de una novela me refiero al proceso de llegar a ser de una obra; puede ser desde la perspectiva del autor o desde la del lector. Este acto se refiere a la apreciación de una obra de arte, pero como factor dinámico en vez de *fait accompli*. Es decir, una obra de arte es una experiencia, no un documento; lo que aprendemos de ella no es sólo el producto de una experiencia, sino la experiencia misma". El dinamismo se refiere "a los factores que vitalizan la experiencia, transformando la base de la anécdota en una obra de ficción y sosteniendo el proceso de crecimiento y cambio a lo largo de la novela", p. 12).

Durante la temporada corta en la que fui alumno de Brushwood en la Universidad de Kansas en Lawrence, no logré comprender sus términos. Interpreté que eran un par de llaves que abrían el cajón secreto de las novelas: cifras que daban las claves para comprender las obras. Me agradó aquello de que la lectura de las novelas es una experiencia, pero una experiencia especial: la experiencia de la experiencia de la escritura que se torna en el acto

de lectura en escritura misma (es decir: al leer, el lector, mediante su acto de desciframiento se transforma él mismo en creador). Otra característica que diferencia la obra de Brushwood de otras de proyecto similar, es la de —en palabras de Raymond Williams— evitar los gustos que están de moda (lo que no se cumple cabalmente en todos los casos. Un par de ejemplos: hacia el final de la década del 80 se destacan en México por lo menos dos obras que aunque en cierto modo estuvieron de moda son poco representativas y de calidad dudosa: me refiero a *El tamaño del infierno*, de Arturo Azuela, y *Anónimo*, de Ignacio Solares. Y casos como éstos se pueden pescar en la selección de obras colombianas: una novela como *Cuando pase el ánima sola* dice poco de la brillantez a la que ha llegado la narrativa contemporánea colombiana). De todos modos un investigador que tiene su campo



de estudio a varios miles de kilómetros de distancia, está obligado a regirse, quiéralo o no, por los criterios de sus amigos, las publicaciones recibidas o la moda misma.

Lo cierto es que la labor de leer y valorar todas las novelas latinoamericanas del presente siglo se anuncia como imposible, a menos que se cuente con un enorme aparato de investigadores, bibliotecas infalibles y un espacio de tiempo que tenga algo que ver con la eternidad. Como gran compendio, la obra de Brushwood es muy útil. Vale la pena intentar penetrar en la lógica que guía la investigación y descubrir más que las opiniones, los hallazgos de los autores.

Por el espacio que se les dedica y la profundidad de los análisis a que se ven sometidas, es notable que Brushwood destaca de la enorme masa de novelas, a las siguientes: *Los de abajo*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *Don Goyo*, *Todo verdor parecerá*, *El Señor Presidente*, *El reino de este mundo*, *Pedro Páramo*, *Rayuela*, *Cien años de soledad*, *El recurso del método*. Esto hasta 1970. Del 70 al 80, Williams toma la batuta y hace su selección de novelas. Aunque siguen apareciendo novelas de los autores del boom y se les dan lugares destacados, también se estudian obras de los nuevos novelistas cuyos nombres vale la pena mencionar tanto para informar a los lectores, como para certificar la abundan-

cia y variedad de la nueva camada. Por *Argentina* Humberto Constantini, Haroldo Conti, Eduardo Gudiño Kieffer, Héctor Libertella, Enrique Medina, Fernando Sorrentino. Por *Chile* Alfonso Calderón, José Donoso, Ariel Dorfman, Enrique Lihn, Mauricio Wácqez, Antonio Skármeta, Fernando Alegría, Adolfo Couve, Carlos Morand, Ximena Sepúlveda, Jorge Edwards, Gustavo Frías, Antonio Montero. Por *Colombia* Fanny Buitrago, Gustavo Alvarez Gardeazábal —quien le merece atención especial—, Albalucía Angel, Manuel Mejía Vallejo, Héctor Sánchez, Marco Tulio Aguilera Garramuño, Oscar Collazos, Andrés Caicedo, Pedro Gómez Valderrama, Alberto Duque López, Rafael Humberto Moreno-Durán, Jorge Eliécer Pardo, Rodrigo Parra Sandoval, Mario Escobar Velásquez, Plinio Apuleyo Mendoza, Amparo María Suárez (la lista por Colombia es más larga que las de los otros países, lo que es explicable porque Williams conoce más de literatura colombiana, pero no del todo disculpable; además hacen falta nombres fundamentales como los de Fernando Cruz Kronfly y Jaime Manrique Ardila). Por *Cuba* aparecen como novelistas importantes en la última década Lisandro Otero, Severo Sarduy, Alejo Carpentier, Cabrera Infante y Reynaldo Arenas. Por *Ecuador* Demetrio Aguilera Malta, íngrimo, solitario. Por *México* Juan Tovar, Sergio Galindo, Alfredo Castro Leal, Héctor Manja-

rez, René Avilés Fabila, Armando Ramírez, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, Gustavo Sainz, Federico Arana, José Agustín, Arturo Azuela, Carlos Fuentes, Sergio Fernández, Ignacio Solares, Fernando del Paso, Vicente Leñero, Jorge Aguilar Mora, María Luisa Puga. Por *Perú* Alfredo Bryce Echenique, Luis Urteaga Cabrera, Guillermo Thorndike (quien escribe una novela con título muy semejante al de la excelente obra *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama —el mejor cuentista colombiano, según Gabriel García— novela que en la opinión de nuestro Premio Nobel es de gran calidad y ha sido muy poco atendida por crítica y lectores—), Marco Yauri Montero, Julio Ramón Ribeyro, Isaac Goldenberg, Harry Belevan, Fernando Ampuero. Por *Venezuela* aparecen Miguel Otero Silva, Salvador Garmendia, Luis Britto García. Por *Uruguay* Mario Benedetti, Eduardo Galeano.

Países de rica narrativa, como Costa Rica, desaparecen de la lista, posiblemente porque sus autores no tuvieron medios para hacerse conocer por los académicos norteamericanos.

Colombia, México y Argentina se presentan como los países que más novelas y novelistas aportan a la lista, lo que, con omisiones o sin ellas, demuestra que la narrativa de estos países está viva y floreciente. La perspectiva académica de Brushwood y su investigación acusosa, junto con el

complemento de Williams, se prestarán a muchas polémicas, pero eludirán sin duda una acusación: la de falta de oficio, dedicación e interés.

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Brushwood, S. John y Williams, L. Raymond, *La novela hispanoamericana del siglo XX*, F.C.E., México, 1984.

* * * * *

Los años falsos

Tuvimos que esperar 24 años, pero la espera tuvo, al fin, justificación. Desde que *El libro vacío* salió a la luz, en 1958, Josefina Vicens no había vuelto a hacer acto de presencia en el mundo de la literatura, aunque siguió activa en otras actividades como la de guionista y adaptadora de cine, por citar un ejemplo. Ahora nuevamente aparece con la obra *Los años falsos*,¹ novela corta pero sustanciosa. Presenciamos una vez más ese estilo particular, esa temática basada en paradojas, esa escritura angustiosa realizada con maestría.

Luis Alfonso Fernández ve truncados sus sueños, deseos, ideales, desde el momento en que su padre da fin a su propia vida; el muchacho necesita resucitarlo y no advierte que, al hacerlo, se mata, se niega a sí mismo. Estamos ante un problema de identidad, ante la imposibilidad de

¹ Vicens, Josefina: *Los años falsos*, México; Martín Casillas, 1982.